

Miguel de Cervantes Saavedra

El ingenioso hidalgo

Don quijote de la Mancha:

fragmentos

Selección y prólogo
Norma Donato

EDITORIAL
UTADEO

ANIMAL
ELECTRA



EDICIÓN

Norma Donato

SELECCIÓN Y PRÓLOGO

Sylvana Blanco Estrada

Santiago Mojica Talero

DISEÑO EDITORIAL

Santiago Mojica Talero

DIAGRAMACIÓN

Santiago Mojica Talero

DISEÑO DE CUBIERTA

Ilustración de portada: Asian Wild Ass

De autor desconocido para el libro *Nouveau dictionnaire encyclopédique universel illustré, s/*

f. Tomada de <https://www.oldbookillustrations.com/>

**ANIMAL
ELETTRA**

N.° 2

Cervantes Saavedra, Miguel de, 1547-1616

El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha: fragmentos / Miguel de Cervantes Saavedra ; selección y prólogo de Norma Stella Donato Rodríguez. - Bogotá:

Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano, 2022.

72 páginas ; 16 cm. - (Colección animal de letras)

ISBN 978-958-725-331-3

1. Literatura española - 1500-1700. 2. Aventuras - Novela. 3. Novela española - 1500-1700. 4. Literatura española - Fragmentos. I. Donato Rodríguez, Norma Stella, prologuista. II. Tit. III. Serie.

CDD 863.3

Fundación Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano

Carrera 4 n.º 22-61 Bogotá, D.C., Colombia – PBX: 2427030 – www.utadeo.edu.co

Carlos Sánchez Gaitán

RECTOR

Andrés Franco Herrera

VICERRECTOR ACADÉMICO

ISBN digital: 978-958-725-331-3

Liliana Álvarez Revelo

VICERRECTORA ADMINISTRATIVA

DOI: <https://doi.org/10.21789/9789587253313>

Olga Lucia Illera Correal

DECANA FACULTAD

DE CIENCIAS SOCIALES

Marco Giraldo Barreto

JEFE EDITORIAL

En nombre de la Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano le agradecemos a usted, el lector de esta obra, por apoyar el trabajo de todas las personas que hacen posible que el conocimiento llegue a sus manos al adquirir este texto de manera legal, así como el interés por el conocimiento que producen nuestros investigadores, y el apoyo que pueda darnos para que éste tenga un mayor alcance.

EQUIPO EDITORIAL UTADEO

Marco Giraldo Barreto

JEFE EDITORIAL

Sylvana Blanco Estrada

Santiago Mojica Talero

DISEÑO EDITORIAL

Fundación Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano | Vigilada Mineducación. Reconocimiento de personería jurídica: Resolución No. 2613 de 14 de agosto de 1959, Minjusticia. Acreditación institucional de alta calidad, 6 años: Resolución 4624 del 21 de marzo de 2018, Mineducación.

Juan Carlos García Sáenz

**COORDINACIÓN REVISTAS
CIENTÍFICAS**

Sandra Guzmán

DISTRIBUCIÓN Y VENTAS

María Teresa Murcia Cruz

ASISTENTE ADMINISTRATIVA

Impreso en Colombia - Printed in Colombia
© Fundación Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano. Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin autorización de la universidad.

Miguel de Cervantes Saavedra

El ingenioso hidalgo
don Quijote
de la Mancha:

fragmentos

Selección y prólogo

Norma Donato

Contenido

Sobre la colección	6
La locura de Don Quijote	8
Capítulo XVI. De lo que le sucedió al ingenioso hidalgo en la venta que él imaginaba ser castillo	15
Capítulo XVII. Donde se prosiguen los innumerables trabajos que el bravo don Quijote y su buen escudero Sancho Panza pasaron en la venta que, por su mal, pensó que era castillo	30
Capítulo XVIII. Donde se cuentan las razones que pasó Sancho Panza con su señor don Quijote, con otras aventuras dignas de ser contadas	47
Nota sobre esta edición	69
Norma Donato	70

Sobre la colección

Animal de letras es una colección que surge del deseo profundo de leer como un acto de afirmación vital y de rebeldía contra la ignorancia, la falta de imaginación y la mediocridad que el mundo actual nos impone. La iniciativa surge de un grupo de profesoras y profesores del programa de Estudios Literarios y Edición de la Universidad Jorge Tadeo Lozano, y su objetivo es difundir la lectura entre la comunidad universitaria y el público general.

Leer es tener experiencias vívidas con los textos que nos interpelan, que nos cuestionan sobre nosotros mismos y sobre el mundo que habitamos. La lectura despliega nuestra imaginación, activa nuestro pensamiento y ensancha nuestra capacidad de sentir más allá de los estereotipos. Esta colección estará compuesta por textos que estimulan experiencias profundas de lectura. Se tratará de textos breves y fragmentos de obras de la literatura, el pensamiento y las ciencias,

escritas por personas diversas, en diferentes momentos históricos y pertenecientes a culturas variadas. Esperamos ofrecer al público un número semestral, cada uno de ellos presentado por un profesor o profesora quien planteará elementos básicos para introducirse en la lectura propuesta.

Con la colección Animal de Letras esperamos contribuir desde la Facultad de Ciencias Sociales al estímulo de la lectura, fundamental para el desarrollo de personas autorreflexivas, críticas e imaginativas, pero también indispensable para el ejercicio de la ciudadanía y la participación política en una sociedad auténticamente democrática y pluralista.

LA LOCURA DE DON QUIJOTE

Hace más de cuatro siglos, se imprimió en Madrid un libro que habría de cambiar la historia de la literatura. Se trata de una obra que se convertiría en el referente más importante del género novelesco y pasaría a la posteridad con tal fama que inclusive hoy seguimos leyendo y recordando. En 1605, Miguel de Cervantes publicó la primera parte de su obra magna, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, la novela que se convertiría en el texto más traducido en el mundo, después de la Biblia. ¿Cómo entender semejante fenómeno? ¿Qué tiene esta novela que enamoró y sigue enamorando a lectores de todas las latitudes?

Hay distintas formas de responder a esta pregunta. Podría decirse, por ejemplo, que se trata de la invención de un género literario que no existía antes y al que hoy le debemos mucho de lo que somos como seres humanos: la novela moderna. También podría argumentarse

que es el testimonio de la lengua castellana en uno de sus estados más puros. Pero en este pequeño espacio quisiera profundizar en una respuesta que tal vez es la más evidente de todas, pero también la más poderosa: leemos el Quijote todavía porque la ficción que allí se cuenta es tan creativa que resulta novedosa para cualquier lector, de cualquier época. Ese rasgo creativo no tiene que ver necesariamente con mundos irreales o fantásticos. De hecho, se trata de una novela cuya historia transcurre en la España contemporánea al autor y el personaje principal es un anciano que podría compararse con cualquier hombre promedio, salvo por la cualidad que lo hace mundialmente famoso: su capacidad de imaginar. Y es en esto que Cervantes revela una genialidad que no tiene parangón.

Alonso Quijano, protagonista de la novela, es un hombre cuya vida carece de cualquier interés; sobrevive sin esfuerzo y lleva un día a día rutinario y sin sentido. Sin embargo, en ese mundo vacío –que parece haberlo condenado a muerte por aburrimiento– hay un elemento fundamental que se convierte en el sentido de la vida de este anciano y que bien podría leerse como una metáfora del sentido de la vida para Cervantes: la literatura. De repente, en un mundo donde todo es igual,

donde nada pasa, es posible vivir aventuras, hacer el bien y encontrar amigos, todo gracias a la literatura. Es entonces cuando Alonso Quijano, loco de tanto leer novelas de caballería, decide convertirse en Don Quijote de la Mancha, el ser con la imaginación más poderosa que se haya visto nunca.

Vestido con una armadura oxidada que ha encontrado en un rincón de su casa, montado sobre un caballo que es tan o más viejo que él y acompañado de su vecino Sancho Panza, que no tiene idea de las novelas de caballería y ni siquiera sabe leer, Don Quijote empieza a andar un camino sin destino fijo. En ese camino encuentra situaciones comunes y corrientes que su imaginación disfrazada de grandes aventuras, propias del mundo literario de sus libros. Así, los molinos de viento se convierten en gigantes encantados; la campesina poco agraciada y sucia se convierte en la hermosa y “simpar Dulcinea del Toboso”; los pobres hostales de paso se transforman en riquísimos castillos y hasta sus vecinos se convierten en princesas, caballeros y espantos. A los ojos de Don Quijote, el mundo parece ser más interesante, y decide vivirlo con la intensidad que sus últimos días le permiten.

Muchos han llamado locura a esa forma fantasiosa de ver la realidad que tiene Don Quijote. Y es cierto que

hasta el narrador lo llama loco, porque “de poco dormir y mucho leer se le secó el cerebro de manera que vino a perder el juicio” (capítulo I, primera parte). Sin embargo, de este narrador no hay que confiarse mucho, como tampoco de un viejo que estando sano se levanta un día con ganas de cambiar el mundo, pero sobre todo, con ganas de desaburrirse. Don Quijote habla algunas veces con tal desatino, inventa aventuras tan desbordadas de fantasía, que cualquiera juraría que está loco. Al mismo tiempo, podemos encontrarnos a un personaje tan sabio y cabal que da consejos acertadísimos o proclama discursos como el de la edad dorada o el de las armas y las letras, que son de una sensatez e inteligencia de la que carecen muchos de los más sabios contemporáneos nuestros. Esa ambigüedad de Don Quijote no solo muestra la profundidad psicológica del personaje cervantino, sino que además permite plantearnos la pregunta sobre el tipo de locura que padece.

En algunas aventuras, Don Quijote parece estar verdaderamente enajenado, es decir, parece habitar un mundo radicalmente diferente al que habitan los demás personajes de la novela. Es el caso de la aventura de los rebaños que el lector encontrará en esta selección. Allí, se cruzan en el camino dos rebaños de

ovejas, pero el protagonista imagina el encuentro de dos ejércitos de caballeros, uno árabe y el otro cristiano, que están a punto de enfrentarse en una batalla descomunal porque la hija del rey cristiano es pretendida por el musulmán, quien no quiere renunciar a su fe pagana para casarse con ella. Don Quijote imagina esta situación con tal nivel de detalle y precisión que parece casi una alucinación, una visión que le vine solo a él desde el mundo de los libros de caballería. En este capítulo observamos a un personaje que parece efectivamente haber perdido el juicio de tanto leer historias de caballeros, batallas, princesas, encantamientos, moros y cristianos. Pero también vemos uno de los capítulos más graciosos y grotescos en los que, como es costumbre, los personajes terminan apaleados.

Por otro lado, tenemos una actitud imaginativa en Don Quijote que resulta inquietante. No podemos estar completamente seguros de que se trata de locura, aunque a primera vista así lo parezca. El personaje aparentemente ve la realidad de forma distinta a los demás. Sin embargo, esa mirada enajenada resulta muy apropiada para eximir a Don Quijote de las responsabilidades de su mundo real o para darle placeres a los que normalmente en su mundo no tendría acceso. Esta for-

ma de locura la podemos ver en la aventura de la venta, presente en esta selección. Allí, Don Quijote y Sancho pasan la noche en un hostal que, a los ojos del protagonista, es un castillo. Cuando conviene, el ventero es un aristócrata, y cuando no, es un simple ventero. Cuando le interesa, la mujer joven que pasa en camisón frente a su cama a media noche es una doncella perdidamente enamorada que ha decidido entregársele; cuando no, es la sencilla Maritornes. La lectura atenta de estos capítulos nos permitirá entender que la locura de Don Quijote es de un tipo bastante interesante, que bien podríamos llamar *selectiva*. Es una locura que opera convenientemente y que adapta las leyes de caballería según las necesidades del personaje.

En esta selección veremos, entonces, dos de las aventuras más divertidas de la novela, pero también de las más interesantes a la hora de preguntarnos en qué consiste la locura de Don Quijote. Y es que esa locura no es simplemente una característica divertida del personaje, sino que es toda una apuesta existencial de Cervantes. En este volumen, así como a lo largo de la novela, veremos que esa locura no se trata de otra cosa que de elevar el poder de la imaginación de un viejo que, en lugar de resignarse a esperar la muerte postrado en

una cama, decide imaginarse que es un joven caballero con mucha vida por delante. Querer vivir y renunciar a dejarse atrapar por la melancolía en la última etapa de la vida bien puede ser locura para muchos, pero para este anciano es la única posibilidad de existencia. Se trata de la imaginación como la forma de vida más poderosa; de la literatura como ese agente que potencia la imaginación, como la única arma para combatir la muerte y el olvido. Esa fue la apuesta existencial de Cervantes. Y acá estamos, leyéndolo, cuatro siglos después de su muerte.

Norma Donato

Profesora de la facultad de Ciencias Sociales

CAPÍTULO XVI

De lo que le sucedió al ingenioso
hidalgo en la venta¹ que él imaginaba
ser castillo

1. Una venta es un hostel de paso, barato y poco cómodo.

El ventero, que vio a don Quijote atravesado en el asno, preguntó a Sancho qué mal traía. Sancho le respondió que no era nada, sino que había dado una caída de una peña abajo, y que venía algo brumadas las costillas². Tenía el ventero por mujer a una, no de la condición que suelen tener las de semejante trato, porque naturalmente era caritativa y se dolía de las calamidades de sus prójimos; y así, acudió luego a curar a don Quijote, y hizo que una hija suya doncella, muchacha y de muy buen parecer, la ayudase a curar a su huésped. Servía en la venta asimesmo una moza asturiana, ancha de cara, llana de cogote, de nariz roma,

2. En el capítulo anterior, Don Quijote y Sancho tuvieron la aventura de los Yangüeses (cap. XV, primera parte), de donde salieron muy apaleados, a manos de unos arrieros procedentes de Yanguas, a quienes Don Quijote quiso atacar en defensa de Rocinante, que por andar en amores con una de las yeguas recibió palazos de los arrieros. Sancho no cuenta la verdad al ventero, porque le da vergüenza la locura de su amo.

del un ojo tuerta y del otro no muy sana. Verdad es que la gallardía del cuerpo suplía las demás faltas: no tenía siete palmos de los pies a la cabeza, y las espaldas, que algún tanto le cargaban, la hacían mirar al suelo más de lo que ella quisiera. Esta gentil moza, pues, ayudó a la doncella, y las dos hicieron una muy mala cama a don Quijote, en un camaranchón que, en otros tiempos, daba manifiestos indicios que había servido de pajar muchos años; en la cual también alojaba un harriero³, que tenía su cama hecha un poco más allá de la de nuestro don Quijote. Y aunque era de las enjalmas y mantas de sus machos, hacía mucha ventaja a la de don Quijote, que sólo contenía cuatro mal lisas tablas sobre dos no muy iguales bancos, y un colchón que en lo sutil parecía colcha, lleno de bodoques, que, a no mostrar que eran de lana por algunas roturas, al tiento, en la dureza, semejaban de guijarro, y dos sábanas hechas de cuero de adarga, y una frazada cuyos hilos, si se quisieran contar, no se perdiera uno solo de la cuenta.

En esta maldita cama se acostó don Quijote, y luego la ventera y su hija le emplastaron de arriba

3. En español moderno "arriero". Se trata de la persona que lleva animales de carga.

abajo, alumbrándoles Maritornes, que así se llamaba la asturiana; y, como al bizmalle viese la ventera tan acardenalado⁴ a partes a don Quijote, dijo que aquello más parecían golpes que caída.

–No fueron golpes –dijo Sancho–, sino que la peña tenía muchos picos y tropezones, y que cada uno había hecho su cardenal.

Y también le dijo:

–Haga vuestra merced, señora, de manera que queden algunas estopas, que no faltará quien las haya menester; que también me duelen a mí un poco los lomos.

–Desa manera –respondió la ventera–, también debistes vos de caer.

–No caí –dijo Sancho Panza–, sino que del sobresalto que tomé de ver caer a mi amo, de tal manera me duele a mí el cuerpo, que me parece que me han dado mil palos.

–Bien podrá ser eso –dijo la doncella–; que a mí me ha acontecido muchas veces soñar que caía de una torre abajo, y que nunca acababa de llegar al suelo, y cuando despertaba del sueño, hallarme tan molida y quebrantada como si verdaderamente hubiera caído.

4. Es decir, al ponerle los cataplasmas se dio cuenta de que estaba lleno de moretones.

–Ahí está el toque, señora –respondió Sancho Panza–: que yo, sin soñar nada, sino estando más despierto que ahora estoy, me hallo con pocos menos cardenales que mi señor don Quijote.

–¿Cómo se llama este caballero? –preguntó la asturiana Maritornes.

–Don Quijote de la Mancha –respondió Sancho Panza–; y es caballero aventurero, y de los mejores y más fuertes que de luengos tiempos acá se han visto en el mundo.

–¿Qué es caballero aventurero? –replicó la moza.

–¿Tan nueva sois en el mundo, que no lo sabéis vos? –respondió Sancho Panza–. Pues sabed, hermana mía, que caballero aventurero es una cosa que en dos palabras se ve apaleado y emperador: hoy está la más desdichada criatura del mundo y la más menesterosa, y mañana tendrá dos o tres coronas de reinos que dar a su escudero.

–Pues ¿cómo vos, siéndolo deste tan buen señor –dijo la ventera–, no tenéis, a lo que parece, siquiera algún condado?

–Aún es temprano –respondió Sancho–, porque no ha sino un mes que andamos buscando las aventuras, y hasta ahora no hemos topado con ninguna que lo sea. Y

tal vez hay que se busca una cosa y se halla otra. Verdad es que, si mi señor don Quijote sana desta herida o caída y yo no quedo contrecho della, no trocaría mis esperanzas con el mejor título de España.

Todas estas pláticas estaba escuchando muy atento don Quijote, y sentándose en el lecho como pudo, tomando de la mano a la ventera, le dijo:

—Creedme, hermosa señora, que os podéis llamar venturosa por haber alojado en este vuestro castillo a mi persona, que es tal, que si yo no la alabo, es por lo que suele decirse que la alabanza propia envilece; pero mi escudero os dirá quién soy. Sólo os digo que tendré eternamente escrito en mi memoria el servicio que me habedes fecho⁵, para agradecéroslo mientras la vida me durare; y pluguiera⁶ a los altos cielos que el amor no me tuviera tan rendido y tan sujeto a sus leyes, y los ojos de aquella hermosa ingrata que digo entre mis dientes; que los desta hermosa doncella fueran señores de mi libertad.

Confusas estaban la ventera y su hija y la buena de Maritornes oyendo las razones del andante caballero, que así las entendían como si hablara en griego, aunque

5. Es decir, "que me has hecho".

6. Querer, agradar.

bien alcanzaron que todas se encaminaban a ofrecimiento y requiebros; y, como no usadas a semejante lenguaje, mirábanle y admirábanse, y parecíales otro hombre de los que se usaban; y, agradeciéndole con venteriles razones sus ofrecimientos, le dejaron, y la asturiana Maritornes curó a Sancho, que no menos lo había menester que su amo.

Había el harriero concertado con ella que aquella noche se refocilarían⁷ juntos, y ella le había dado su palabra de que, en estando sosegados los huéspedes y durmiendo sus amos, le iría a buscar y satisfacerle el gusto en cuanto le mandase. Y cuéntase desta buena moza que jamás dio semejantes palabras que no las cumpliera, aunque las diese en un monte y sin testigo alguno, porque presumía muy de hidalga, y no tenía por afrenta estar en aquel ejercicio de servir en la venta, porque decía ella que desgracias y malos sucesos la habían traído a aquel estado. El duro, estrecho, apocado y fementido lecho de don Quijote estaba primero en mitad de aquel estrellado establo, y luego, junto a él, hizo el suyo Sancho, que sólo contenía una estera de enea y una manta, que

7. Término arcaico y un poco vulgar para referirse a la acción de tener relaciones sexuales.

antes mostraba ser de anejo tundido que de lana. Sucedió a estos dos lechos el del harriero, fabricado, como se ha dicho, de las enjalmas y todo el adorno de los dos mejores mulos que traía, aunque eran doce, lucios, gordos y famosos, porque era uno de los ricos harrieros de Arévalo, según lo dice el autor desta historia, que deste harriero hace particular mención, porque le conocía muy bien, y aun quieren decir que era algo pariente suyo. Fuera de que Cide Hamete Benengeli⁸ fue historiador muy curioso y muy puntual en todas las cosas, y échase bien de ver, pues las que quedan referidas, con ser tan mínimas y tan rateras, no las quiso pasar en silencio; de donde podrán tomar ejemplo los historiadores graves, que nos cuentan las acciones tan corta y sucintamente, que apenas nos

8. En el capítulo noveno de la primera parte, el narrador de la novela cuenta que Cide Hamete Benengeli es el autor de un manuscrito árabe que se encontró un día en un mercado de Toledo. En ese cartapacio viejo se cuenta la historia de Don Quijote de la Mancha. Es decir, la historia que estamos leyendo sería una traducción al español de un texto árabe. Esto es, por supuesto, una invención de Cervantes, un procedimiento literario llamado metaficción, que consiste en mostrar como verdadero un suceso inventado en la novela; se trata de dar apariencia de verdad a la historia ficticia que estamos leyendo. Esta era una estrategia utilizada comúnmente en los libros de caballería. Cervantes la utiliza acá de forma irónica, dándole un tinte humorístico a un procedimiento que en la época era común, pero serio.

llegan a los labios, dejándose en el tintero, ya por descuido, por malicia o ignorancia, lo más sustancial de la obra. ¡Bien haya mil veces el autor de *Tablante de Ricamonte*, y aquel del otro libro donde se cuentan los hechos del Conde Tomillas; y con qué puntualidad lo describen todo! Digo, pues, que después de haber visitado el harriero a su recua y dándole el segundo pienso, se tendió en sus enjalmas y se dio a esperar a su puntualísima Maritornes. Ya estaba Sancho bismado y acostado, y, aunque procuraba dormir, no lo consentía el dolor de sus costillas; y don Quijote, con el dolor de las suyas, tenía los ojos abiertos como liebre. Toda la venta estaba en silencio, y en toda ella no había otra luz que la que daba una lámpara, que colgada en medio del portal ardía.

Esta maravillosa quietud, y los pensamientos que siempre nuestro caballero traía de los sucesos que a cada paso se cuentan en los libros autores de su desgracia, le trujo a la imaginación una de las extrañas locuras que buenamente imaginarse pueden; y fue que él se imaginó haber llegado a un famoso castillo (que, como se ha dicho, castillos eran a su parecer todas las ventas donde alojaba), y que la hija del ventero lo era del señor del castillo, la cual, vencida de su gentileza, se había enamorado dél y prometido que aquella noche, a furto

de sus padres, vendría a yacer con él una buena pieza; y teniendo toda esta quimera, que él se había fabricado, por firme y valedera, se comenzó a acuitar y a pensar en el peligroso trance en que su honestidad se había de ver, y propuso en su corazón de no cometer alevosía a su señora Dulcinea del Toboso, aunque la misma reina Ginebra con su dama Quintañona se le pusiesen delante.

Pensando, pues, en estos disparates, se llegó el tiempo y la hora (que para él fue menguada) de la venida de la asturiana, la cual, en camisa y descalza, cogidos los cabellos en una albanega de fustán, con táticos y atentados pasos, entró en el aposento donde los tres alojaban, en busca del harriero; pero apenas llegó a la puerta, cuando don Quijote la sintió, y, sentándose en la cama, a pesar de sus bizmas y con dolor de sus costillas, tendió los brazos para recibir a su fermosa doncella. La asturiana, que, toda recogida y callando, iba con las manos delante buscando a su querido, topó con los brazos de don Quijote, el cual la asió fuertemente de una muñeca, y tirándola hacia sí, sin que ella osase hablar palabra, la hizo sentar sobre la cama. Tentóle luego la camisa, y, aunque ella era de harpillera, a él le pareció ser de finísimo y delgado cendal. Traía en las muñecas unas cuentas de vidro; pero a él le dieron

vislumbres de preciosas perlas orientales. Los cabellos, que en alguna manera tiraban a crines, él los marcó por hebras de lucidísimo oro de Arabia, cuyo resplandor al del mismo sol escurecía. Y el aliento, que, sin duda alguna, olía a ensalada fiambre y trasnochada, a él le pareció que arrojaba de su boca un olor suave y aromático; y, finalmente, él la pintó en su imaginación de la misma traza y modo que lo había leído en sus libros de la otra princesa que vino a ver el mal ferido⁹ caballero, vencida de sus amores, con todos los adornos que aquí van puestos. Y era tanta la ceguedad del pobre hidalgo, que el tacto, ni el aliento, ni otras cosas que traía en sí la buena doncella, no le desengañaban, las cuales pudieran hacer vomitar a otro que no fuera harriero; antes le parecía que tenía entre sus brazos a la diosa de la hermosura. Y teniéndola bien asida, con voz amorosa y baja le comenzó a decir:

—Quisiera hallarme en términos, fermosa y alta señora, de poder pagar tamaña merced como la que con la vista de vuestra gran fermosura me habedes fecho; pero ha querido la fortuna, que no se cansa de perseguir a los

9. Algunas palabras que en nuestro español moderno empiezan con h, solían escribirse con F.

buenos, ponerme en este lecho, donde yago tan molido y quebrantado que, aunque de mi voluntad quisiera satisfacer a la vuestra, fuera imposible. Y más, que se añade a esta imposibilidad otra mayor, que es la prometida fe que tengo dada a la sin par Dulcinea del Toboso, única señora de mis más escondidos pensamientos; que si esto no hubiera de por medio, no fuera yo tan sandio caballero, que dejara pasar en blanco la venturosa ocasión en que vuestra gran bondad me ha puesto.

Maritornes estaba congojadísima y trasudando, de verse tan asida de don Quijote, y, sin entender ni estar atenta a las razones que le decía, procuraba, sin hablar palabra, desasirse. El bueno del harriero, a quien tenían despierto sus malos deseos, desde el punto que entró su coima por la puerta, la sintió; estuvo atentamente escuchando todo lo que don Quijote decía, y, celoso de que la asturiana le hubiese faltado a la palabra por otro, se fue llegando más al lecho de don Quijote, y estúvose quedo, hasta ver en qué paraban aquellas razones, que él no podía entender; pero como vio que la moza forcejaba por desasirse y don Quijote trabajaba por tenella, pareciéndole mal la burla, enarboló el brazo en alto y descargó tan terrible puñada sobre las estrechas quijadas del enamorado caballero, que le bañó toda la boca en sangre; y,

no contento con esto, se le subió encima de las costillas, y con los pies mas que de trote, se las paseó todas de cabo a rabo. El lecho, que era un poco endeble y de no firmes fundamentos, no pudiendo sufrir la añadidura del harriero, dio consigo en el suelo, a cuyo gran ruido despertó el ventero, y luego imaginó que debían de ser pendencias de Maritornes, porque, habiéndola llamado a voces, no respondía. Con esta sospecha, se levantó y, encendiendo un candil, se fue hacia donde había sentido la pelaza. La moza, viendo que su amo venía, y que era de condición terrible, toda medrosica¹⁰ y alborotada, se acogió a la cama de Sancho Panza, que aún dormía, y allí se acorrucoó y se hizo un ovillo. El ventero entró diciendo:

—¿Adónde estás, puta? A buen seguro que son tus cosas éstas.

En esto, despertó Sancho, y, sintiendo aquel bulto casi encima de sí, pensó que tenía la pesadilla y comenzó a dar puñadas a una y otra parte, y, entre otras, alcanzó con no sé cuantas a Maritornes, la cual, sentida del dolor, echando a rodar la honestidad, dio el retorno a Sancho con tantas, que, a su despecho, le quitó el sueño; el cual, viéndose tratar de aquella manera y sin

10. Asustadita.

saber de quién, alzándose como pudo, se abrazó con Maritornes, y comenzaron entre los dos la más reñida y graciosa escaramuza del mundo. Viendo, pues, el harriero, a la lumbre del candil del ventero, cuál andaba su dama, dejando a don Quijote, acudió a darle el socorro necesario. Lo mismo hizo el ventero, pero con intención diferente, porque fue a castigar a la moza, creyendo, sin duda, que ella sola era la ocasión de toda aquella armonía. Y así como suele decirse: «el gato al rato, el rato a la cuerda, la cuerda al palo», daba el harriero a Sancho, Sancho a la moza, la moza a él, el ventero a la moza, y todos menudeaban con tanta priesa que no se daban punto de reposo; y fue lo bueno que al ventero se le apagó el candil, y, como quedaron a oscuras, dábanse tan sin compasión, todos a bulto, que a doquiera que ponían la mano no dejaban cosa sana.

Alojaba acaso aquella noche en la venta un cuadrillero de los que llaman de la Santa Hermandad Vieja de Toledo, el cual, oyendo ansimesmo el extraño estruendo de la pelea, asió de su media vara y de la caja de lata de sus títulos, y entró a oscuras en el aposento, diciendo:

—¡Ténganse a la justicia! ¡Ténganse a la Santa Hermandad!

Y el primero con quien topó fue con el apuñeado de don Quijote, que estaba en su derribado lecho, tendido boca arriba, sin sentido alguno; y, echándole a tiento mano a las barbas, no cesaba de decir: «¡Favor a la justicia!»; pero viendo que el que tenía asido no se bullía ni meneaba, se dio a entender que estaba muerto, y que los que allí dentro estaban eran sus matadores, y, con esta sospecha, reforzó la voz, diciendo:

–¡Ciérrese la puerta de la venta! ¡Miren no se vaya nadie, que han muerto aquí a un hombre!

Esta voz sobresaltó a todos, y cada cual dejó la pendencia en el grado que le tomó la voz. Retiróse el ventero a su aposento, el harriero a sus enjalmas, la moza a su rancho; solos los desventurados don Quijote y Sancho no se pudieron mover de donde estaban. Soltó en esto el cuadrillero la barba de don Quijote, y salió a buscar luz, para buscar y prender los delincuentes; mas no la halló, porque el ventero, de industria, había muerto la lámpara cuando se retiró a su estancia, y fuéle forzoso acudir a la chimenea, donde, con mucho trabajo y tiempo, encendió el cuadrillero otro candil.

CAPÍTULO

XVII

Donde se prosiguen
los innumerables trabajos
que el bravo don Quijote
y su buen escudero Sancho Panza
pasaron en la venta que, por su mal,
pensó que era castillo

Había ya vuelto en este tiempo de su parasismo don Quijote, y, con el mismo tono de voz con que el día antes había llamado a su escudero, cuando estaba tendido en el val¹¹ de las estacas, le comenzó a llamar, diciendo:

–Sancho amigo, ¿duermes? ¿Duermes, amigo Sancho?

–¿Qué tengo de dormir, pesia a mí –respondió Sancho, lleno de pesadumbre y de despecho–; que no parece sino que todos los diablos han andado conmigo esta noche?

–Puedeslo creer así, sin duda –respondió don Quijote–; porque, o yo sé poco, o este castillo es encantado. Porque has de saber... Mas esto que ahora quiero decirte

11. Valle.

hasme¹² de jurar que lo tendrás secreto hasta después de mi muerte.

–Sí juro –respondió Sancho.

–Dígolo –replicó don Quijote– porque soy enemigo de que se quite la honra a nadie.

–Digo que sí juro –tornó a decir Sancho– que lo callaré hasta después de los días de vuestra merced, y plega a Dios que lo pueda descubrir mañana.

–¿Tan malas obras te hago, Sancho –respondió don Quijote–, que me querrias ver muerto con tanta brevedad?

–No es por eso –respondió Sancho–, sino porque soy enemigo de guardar mucho las cosas, y no querría que se me pudriesen de guardadas.

–Sea por lo que fuere –dijo don Quijote–; que más fio de tu amor y de tu cortesía; y así, has de saber que esta noche me ha sucedido una de las más extrañas aventuras que yo sabré encarecer; y, por contártela en breve, sabrás que poco ha que a mí vino la hija del señor deste castillo, que es la más apuesta y fermosa doncella que en gran parte de la tierra se puede hallar. ¿Qué te podría decir del adorno de su persona? ¿Qué de su

12. En español moderno, “hazme”.

gallardo entendimiento? ¿Qué de otras cosas ocultas, que, por guardar la fe que debo a mi señora Dulcinea del Toboso, dejaré pasar intactas y en silencio? Sólo te quiero decir que, envidioso el cielo de tanto bien como la ventura me había puesto en las manos, o quizá (y esto es lo más cierto) que, como tengo dicho, es encantado este castillo, al tiempo que yo estaba con ella en dulcísimos y amorosísimos coloquios, sin que yo la viese ni supiese por dónde venía, vino una mano pegada a algún brazo de algún descomunal gigante y asentóme una puñada en las quijadas, tal, que las tengo todas bañadas en sangre; y después me molió de tal suerte, que estoy peor que ayer cuando los harrieros, que, por demasías de Rocinante, nos hicieron el agravio que sabes. Por donde conjeturo que el tesoro de la fermosura desta doncella le debe de guardar algún encantado moro, y no debe de ser para mí.

–Ni para mí tampoco –respondió Sancho–: porque más de cuatrocientos moros me han aporreado a mí, de manera que el molimiento de las estacas fue tortas y pan pintado¹³. Pero dígame, señor, ¿cómo llama a ésta

13. Expresión castiza para referirse a algo simple o fácil. Análoga a ésta es nuestra expresión “pan comido”.

buena y rara aventura, habiendo quedado della cual quedamos? Aun vuestra merced, menos mal, pues tuvo en sus manos aquella incomparable ferrosura que ha dicho; pero yo, ¿qué tuve sino los mayores porrazos que pienso recibir en toda mi vida? ¡Desdichado de mí y de la madre que me parió, que ni soy caballero andante, ni lo pienso ser jamás, y de todas las malandanzas me cabe la mayor parte!

—Luego, ¿también estas tú aporreado? —respondió don Quijote.

—¿No le he dicho que sí, pesia a mi linaje? —dijo Sancho.

—No tengas pena, amigo —dijo don Quijote—; que yo haré agora¹⁴ el bálsamo precioso¹⁵, con que sanaremos en un abrir y cerrar de ojos.

Acabó en esto de encender el candil el cuadrillero, y entró a ver el que pensaba que era muerto; y así como le vio entrar Sancho, viéndole venir en camisa y con su paño de cabeza y candil en la mano, y con una muy mala cara, preguntó a su amo:

14. En español moderno, “ahora”.

15. Se refiere al Bálsamo de Fierabrás. En capítulos anteriores, Don Quijote ha dicho a Sancho que sabe fabricar un bálsamo *mágico* que tiene la propiedad de curar cualquier dolor físico.

–Señor, ¿si será éste, a dicha, el moro encantado, que nos vuelve a castigar, si se dejó algo en el tintero?

–No puede ser el moro –respondió don Quijote–, porque los encantados no se dejan ver de nadie.

–Si no se dejan ver, déjanse sentir –dijo Sancho–: si no, díganlo mis espaldas.

–También lo podrían decir las mías –respondió don Quijote–; pero no es bastante indicio ése para creer que este que se ve sea el encantado moro.

Llegó el cuadrillero y, como los halló hablando en tan sosegada conversación, quedó suspenso. Bien es verdad que aún don Quijote se estaba boca arriba sin poderse menear, de puro molido y emplastado. Llegóse a él el cuadrillero y díjole:

–Pues, ¿cómo va, buen hombre?

–Hablara yo más bien criado –respondió don Quijote–, si fuera que vos. ¿Úsase en esta tierra hablar desafortuna a los caballeros andantes, majadero?

El cuadrillero, que se vio tratar tan mal de un hombre de tan mal parecer, no lo pudo sufrir; y, alzando el candil con todo su aceite, dio a don Quijote con él en la cabeza, de suerte que le dejó muy bien descalabrado; y como todo quedó a oscuras, salióse luego, y Sancho Panza dijo:

–Sin duda, señor, que éste es el moro encantado, y debe de guardar el tesoro para otros, y para nosotros sólo guarda las puñadas y los candilazos.

–Así es –respondió don Quijote–; y no hay que hacer caso destas cosas de encantamientos, ni hay para qué tomar cólera ni enojo con ellas; que, como son invisibles y fantásticas, no hallaremos de quién vengarnos, aunque más lo procuremos. Levántate, Sancho, si puedes, y llama al alcaide desta fortaleza, y procura que se me dé un poco de aceite, vino, sal y romero para hacer el salutífero bálsamo; que en verdad que creo que lo he bien menester ahora, porque se me va mucha sangre de la herida que esta fantasma me ha dado.

Levantóse Sancho con harto dolor de sus huesos, y fue a oscuras donde estaba el ventero; y, encontrándose con el cuadrillero, que estaba escuchando en qué paraba su enemigo, le dijo:

–Señor, quien quiera que seáis, hacednos merced y beneficio de darnos un poco de romero, aceite, sal y vino, que es menester para curar uno de los mejores caballeros andantes que hay en la tierra, el cual yace en aquella cama, malferido por las manos del encantado moro que está en esta venta.

Cuando el cuadrillero tal oyó, túbole por hombre falto de seso; y porque ya comenzaba a amanecer, abrió la puerta de la venta y, llamando al ventero, le dijo lo que aquel buen hombre quería. El ventero le proveyó de cuanto quiso, y Sancho se lo llevó a don Quijote, que estaba con las manos en la cabeza, quejándose del dolor del candilazo, que no le había hecho más mal que levantarle dos chichones algo crecidos, y lo que él pensaba que era sangre no era sino sudor que sudaba, con la congoja de la pasada tormenta.

En resolución, él tomó sus simples, de los cuales hizo un compuesto mezclándolos todos y cociéndolos un buen espacio, hasta que le pareció que estaban en su punto. Pidió luego alguna redoma para echallo, y como no la hubo en la venta, se resolvió de ponerlo en una alcuza o aceitera de hoja de lata, de quien el ventero le hizo grata donación, y luego dijo sobre la alcuza más de ochenta paternostres y otras tantas avemarías, salves y credos, y a cada palabra acompañaba una cruz, a modo de bendición; a todo lo cual se hallaron presentes Sancho, el ventero y cuadrillero; que ya el harriero sosegadamente andaba entendiendo en el beneficio de sus machos. Hecho esto, quiso él mesmo hacer luego la experiencia de la virtud de aquel precioso bálsamo que

él se imaginaba, y así, se bebió de lo que no pudo caber en la alcuza y quedaba en la olla donde se había cocido, casi media azumbre; y apenas lo acabó de beber, cuando comenzó a vomitar, de manera, que no le quedó cosa en el estómago; y con las ansias y agitación del vómito le dio un sudor copiosísimo, por lo cual mandó que le arropasen y le dejasen solo. Hiciéronlo así y quedóse dormido más de tres horas, al cabo de las cuales despertó, y se sintió aliviadísimo del cuerpo, y en tal manera mejor de su quebrantamiento, que se tuvo por sano, y verdaderamente creyó que había acertado con el bálsamo de Fierabrás y que con aquel remedio podía acometer desde allí adelante, sin temor alguno, cualesquiera ruinas, batallas y pependencias, por peligrosas que fuesen.

Sancho Panza, que también tuvo a milagro la mejoría de su amo, le rogó que le diese a él lo que quedaba en la olla, que no era poca cantidad. Concedióselo don Quijote, y él, tomándola a dos manos, con buena fe y mejor talante, se la echó a pechos, y envasó bien poco menos que su amo. Es, pues, el caso que el estómago del pobre Sancho no debía de ser tan delicado como el de su amo, y así, primero que vomitase, le dieron tantas ansias y bascas, con tantos trasudores y desmayos, que él pensó

bien y verdaderamente que era llegada su última hora; y viéndose tan afligido y congojado, maldecía el bálsamo y al ladrón que se lo había dado. Viéndole así don Quijote, le dijo:

–Yo creo, Sancho, que todo este mal te viene de no ser armado caballero; porque tengo para mí que este licor no debe de aprovechar a los que no lo son.

–Si eso sabía vuestra merced –replicó Sancho–, ¡mal haya yo y toda mi parentela! ¿para qué consintió que lo gustase?

En esto, hizo su operación el brebaje y comenzó el pobre escudero a desaguarse por entrambas canales, con tanta priesa, que la estera de enea sobre quien se había vuelto a echar, ni la manta de anejo con que se cubría, fueron más de provecho. Sudaba y trasudaba con tales parasismos y accidentes, que no solamente él, sino todos pensaron que se le acababa la vida. Duróle esta borrasca y mala andanza casi dos horas, al cabo de las cuales no quedó como su amo, sino tan molido y quebrantado, que no se podía tener; pero don Quijote, que, como se ha dicho, se sintió aliviado y sano, quiso partirse luego a buscar aventuras, pareciéndole que todo el tiempo que allí se tardaba era quitársele al mundo y a los en él menesterosos de su favor y amparo, y más, con la seguridad y confianza

que llevaba en su bálsamo. Y así, forzado deste deseo, él mismo ensilló a Rocinante y enalbardó al jumento de su escudero, a quien también ayudó a vestir y a subir en el asno. Púsose luego a caballo y, llegándose a un rincón de la venta, asió de un lanzón que allí estaba, para que le sirviese de lanza.

Estábanle mirando todos cuantos había en la venta, que pasaban de más de veinte personas; mirábale también la hija del ventero, y él también no quitaba los ojos della, y de cuando en cuando arrojaba un suspiro, que parecía que le arrancaba de lo profundo de sus entrañas, y todos pensaban que debía de ser del dolor que sentía en las costillas; a lo menos, pensábanlo aquellos que la noche antes le habían visto bizmar.

Ya que estuvieron los dos a caballo, puesto a la puerta de la venta, llamó al ventero, y con voz muy reposada y grave le dijo:

—Muchas y muy grandes son las mercedes, señor alcaide, que en este vuestro castillo he recebido, y quedo obligadísimo a agradeceróslas todos los días de mi vida. Si os las puedo pagar en haceros vengado de algún soberbio que os haya fecho algún agravio, sabed que mi oficio no es otro sino valer a los que poco pueden

y vengar a los que reciben tuertos¹⁶ y castigar alevosías. Recorred vuestra memoria, y si halláis alguna cosa deste jaez que encomendarme, no hay sino decilla; que yo os prometo por la orden de caballero que recibí de faceros satisfecho y pagado a toda vuestra voluntad.

El ventero le respondió con el mesmo sosiego:

–Señor caballero, yo no tengo necesidad de que vuestra merced me vengue ningún agravio, porque yo sé tomar la venganza que me parece, cuando se me hacen. Sólo he menester que vuestra merced me pague el gasto que esta noche ha hecho en la venta, así de la paja y cebada de sus dos bestias como de la cena y camas.

–Luego, ¿venta es ésta? –replicó don Quijote.

–Y muy honrada –respondió el ventero.

–Engañado he vivido hasta aquí –respondió don Quijote–; que en verdad que pensé que era castillo, y no malo; pero pues es así que no es castillo, sino venta, lo que se podrá hacer por agora es que perdonéis por la paga; que yo no puedo contravenir a la orden de los caballeros andantes, de los cuales sé cierto (sin que hasta ahora haya leído cosa en contrario) que jamás pagaron posada ni otra cosa en venta donde estuviesen, porque

16. Agravio u ofensa.

se les debe de fuero y de derecho cualquier buen acogimiento que se les hiciera, en pago del insufrible trabajo que padecen buscando las aventuras de noche y de día, en invierno y en verano, a pie y a caballo, con sed y con hambre, con calor y con frío, sujetos a todas las inclemencias del cielo y a todos los incómodos de la tierra.

–Poco tengo yo que ver en eso –respondió el ventero–; págueseme lo que se me debe, y dejémonos de cuentos ni de caballerías; que yo no tengo cuenta con otra cosa que con cobrar mi hacienda.

–Vos sois un sandio¹⁷ y mal hostelero¹⁸ –respondió don Quijote.

Y poniendo piernas a Rocinante y terciando su lanzón, se salió de la venta, sin que nadie le detuviese, y él, sin mirar si le seguía su escudero, se alongó un buen trecho. El ventero, que le vio ir y que no le pagaba, acudió a cobrar de Sancho Panza, el cual dijo que pues su señor no había querido pagar, que tampoco él pagaría; porque, siendo él escudero de caballero andante, como era, la misma regla y razón corría por él como por su

17. Necio.

18. Es interesante ver cómo acá Don Quijote reconoce en su interlocutor a un hostelero y no a un alcalde de castillo. Este, como varios pasajes del capítulo, nos permite ver que la locura de Don Quijote es selectiva.

amo en no pagar cosa alguna en los mesones y ventas. Amohinóse¹⁹ mucho desto el ventero y amenazóle que si no le pagaba, que lo cobraría de modo que le pesase. A lo cual Sancho respondió que, por la ley de caballería que su amo había recibido, no pagaría un solo cornado, aunque le costase la vida; porque no había de perder por él la buena y antigua usanza de los caballeros andantes, ni se habían de quejar dél los escuderos de los tales que estaban por venir al mundo, reprochándole el quebrantamiento de tan justo fuero.

Quiso la mala suerte del desdichado Sancho que entre la gente que estaba en la venta se hallasen cuatro perales²⁰ de Segovia, tres agujeros²¹ del Potro de Córdoba y dos vecinos de la Heria de Sevilla, gente alegre, bien intencionada, maleante y juguetona; los cuales, casi como instigados y movidos de un mesmo espíritu, se llegaron a Sancho, y apeándole del asno, uno dellos entró por la manta de la cama del huésped, y echándole en ella, alzaron los ojos y vieron que el techo era algo más bajo de lo que habían menester para su obra, y determinaron salirse al corral, que tenía por límite

19. Se disgustó.

20. Fabricantes de paños.

21. Fabricante de agujas.

el cielo; y allí, puesto Sancho en mitad de la manta, comenzaron a levantarlo en alto, y a holgarse con él, como con perro por carnestolendas²².

Las voces que el mísero manteado daba fueron tantas, que llegaron a los oídos de su amo; el cual, deteniéndose a escuchar atentamente, creyó que alguna nueva aventura le venía, hasta que claramente conoció que el que gritaba era su escudero; y, volviendo las riendas, con un penado galope llegó a la venta, y, hallándola cerrada, la rodeó, por ver si hallaba por donde entrar; pero no hubo llegado a las paredes del corral, que no eran muy altas, cuando vio el mal juego que se le hacía a su escudero. Viole bajar y subir por el aire, con tanta gracia y presteza, que, si la cólera le dejara, tengo para mí que se riera. Probó a subir desde el caballo a las bardas; pero estaba tan molido y quebrantado, que aun apearse no pudo; y así, desde encima del caballo comenzó a decir tantos denuestos y baldones a los que a Sancho manteaban, que no es posible acertar a escribirlos; mas no por esto cesaban ellos de su risa y de su obra, ni el volador Sancho dejaba sus quejas, mezcladas,

22. Carnestolendas son los carnavales, en los que era común la práctica de poner a un perro en una manta y tirarlo hacia arriba repetidamente, de la misma manera que se describe acá que hacen con Sancho.

ya con amenazas, ya con ruegos; más todo aprovechaba poco, ni aprovechó, hasta que de puro cansados le dejaron. Trajéronle²³ allí su asno, y, subiéndole encima, le arrojaron con su gabán; y la compasiva de Maritornes, viéndole tan fatigado, le pareció ser bien socorrelle con un jarro de agua, y así, se le trujo del pozo, por ser más fría. Tomóle Sancho, y llevándole a la boca, se paró a las voces que su amo le daba, diciendo:

–Hijo Sancho, no bebas agua; hijo, no la bebas, que te matará. ¿Ves? Aquí tengo el santísimo bálsamo –y enseñábale la alcuza del brebaje–, que con dos gotas que dél bebas sanarás, sin duda.

A estas voces volvió Sancho los ojos, como de través, y dijo con otras mayores:

–Por dicha, ¿hásele olvidado a vuestra merced como yo no soy caballero, o quiere que acabe de vomitar las entrañas que me quedaron de anoche? Guárdese su licor con todos los diablos, y déjeme a mí.

Y el acabar de decir esto y el comenzar a beber todo fue uno; mas como al primer trago vio que era agua, no quiso pasar adelante, y rogó a Maritornes que se le trujese de vino, y así lo hizo ella de muy buena voluntad, y

23. Trajéronle o, en español moderno, le trajeron.

lo pagó de su mismo dinero; porque, en efecto, se dice della que, aunque estaba en aquel trato, tenía unas sombras y lejos de cristiana. Así como bebió Sancho, dio de los carcaños a su asno, y abriéndole la puerta de la venta de par en par, se salió della, muy contento de no haber pagado nada y de haber salido con su intención, aunque había sido a costa de sus acostumbrados fiadores, que eran sus espaldas. Verdad es que el ventero se quedó con sus alforjas²⁴, en pago de lo que se le debía; más Sancho no las echó menos, según salió turbado. Quiso el ventero atrancar bien la puerta así como le vio fuera; mas no lo consintieron los manteadores, que eran gente que, aunque don Quijote fuera verdaderamente de los caballeros andantes de la Tabla Redonda, no le estimaran en dos ardites.

24. Bolsas en las que se cargan las provisiones y alimentos durante un viaje a caballo.

CAPÍTULO
XVIII

Donde se cuentan las razones que
pasó Sancho Panza con su señor don
Quijote, con otras aventuras dignas
de ser contadas

Legó Sancho a su amo marchito y desmayado, tanto, que no podía harrear a su jumento. Cuando así le vio don Quijote, le dijo:

—Ahora acabo de creer, Sancho bueno, que aquel castillo o venta es encantado, sin duda; porque aquellos que tan atrozmente tomaron pasatiempo contigo, ¿qué podían ser sino fantasmas y gente del otro mundo? Y confirmo esto por haber visto que cuando estaba por las bardas del corral mirando los actos de tu triste tragedia, no me fue posible subir por ellas, ni menos, pude aparearme de Rocinante, porque me debían de tener encantado; que te juro por la fe de quien soy que si pudiera subir, o aparearme²⁵, que yo te hiciera vengado, de manera,

25. Bajarse del caballo.

que aquellos follones y malandrines²⁶ se acordaran de la burla para siempre, aunque en ello supiera contravenir a las leyes de la caballería, que, como ya muchas veces te he dicho, no consienten que caballero ponga mano contra quien no lo sea, si no fuere en defensa de su propia vida y persona, en caso de urgente y gran necesidad.

—También me vengara yo si pudiera, fuera o no fuera armado caballero, pero no pude; aunque tengo para mí que aquellos que se holgaron conmigo no eran fantasmas ni hombres encantados, como vuestra merced dice, sino hombres de carne y hueso, como nosotros; y todos, según los oí nombrar cuando me volteaban, tenían sus nombres: que el uno se llamaba Pedro Martínez, y el otro Tenorio Hernández, y el ventero oí que se llamaba Juan Palomeque el Zurdo. Así que, señor, el no poder saltar las bardas del corral, ni apearse del caballo, en ál²⁷ estuvo que en encantamentos. Y lo que yo saco en limpio de todo esto es que estas aventuras que andamos buscando al cabo al cabo nos han de traer a tantas desventuras, que no sepamos cuál es nuestro pie derecho. Y lo que sería mejor y más acertado, según

26. Cobardes y bandidos.

27. Otra cosa.

mi poco entendimiento, fuera el volvernós a nuestro lugar, ahora que es tiempo de la siega y de entender en la hacienda, dejándonos de andar de ceca en meca y de zoca en colodra²⁸, como dicen.

–¡Qué poco sabes, Sancho –respondió don Quijote–, de achaque de caballería! Calla y ten paciencia; que día vendrá donde veas por vista de ojos cuán honrosa cosa es andar en este ejercicio. Si no, dime: ¿qué mayor contento puede haber en el mundo, o qué gusto puede igualarse al de vencer una batalla y al de triunfar de su enemigo? Ninguno, sin duda alguna.

–Así debe de ser –respondió Sancho–, puesto que yo no lo sé; sólo sé que después que somos caballeros andantes, o vuestra merced lo es (que yo no hay para qué me cuente en tan honroso número), jamás hemos vencido batalla alguna, si no fue la del vizcaíno, y aun de aquélla salió vuestra merced con media oreja y media celada²⁹ menos; que después acá todo ha sido palos y más palos, puñadas y más puñadas, llevando yo de ventaja el manteamiento, y haberme sucedido por personas encantadas, de quien no puedo vengarme,

28. Es decir, ir de mal en peor.

29. Casco de la armadura antigua.

para saber hasta dónde llega el gusto del vencimiento del enemigo, como vuestra merced dice.

–Ésa es la pena que yo tengo y la que tú debes tener, Sancho –respondió don Quijote–; pero de aquí adelante yo procuraré haber a las manos alguna espada hecha por tal maestría, que al que la trujere consigo no le puedan hacer ningún género de encantamientos; y aun podría ser que me deparase la ventura aquella de Amadís, cuando se llamaba el *Caballero de la Ardiente Espada*, que fue una de las mejores espadas que tuvo caballero en el mundo, porque, fuera que tenía la virtud dicha, cortaba como una navaja y no había armadura, por fuerte y encantada que fuese, que se le parase delante.

–Yo soy tan venturoso –dijo Sancho–, que cuando eso fuese y vuestra merced viniese a hallar espada semejante, sólo vendría a servir y aprovechar a los armados caballeros, como el bálsamo; y a los escuderos, que se los papen duelos³⁰.

–No temas eso, Sancho –dijo don Quijote–; que mejor lo hará el cielo contigo.

30. Es decir, que no le importan a nadie. Nuestra expresión análoga podría ser “que se lo coma el tigre”.

En estos coloquios iban don Quijote y su escudero, cuando vio don Quijote que por el camino que iban venía hacia ellos una grande y espesa polvareda; y en viéndola, se volvió a Sancho y le dijo:

—Éste es el día ¡oh Sancho! en el cual se ha de ver el bien que me tiene guardado mi suerte; éste es el día, digo, en que se ha de mostrar, tanto como en otro alguno, el valor de mi brazo, y en el que tengo de hacer obras que queden escritas en el libro de la Fama por todos los venideros siglos. ¿Ves aquella polvareda que allí se levanta, Sancho? Pues toda es cuajada de un copiosísimo ejército que de diversas e innumerables gentes por allí viene marchando.

—A esa cuenta, dos deben de ser —dijo Sancho—; porque desta parte contraria se levanta asimesmo otra semejante polvareda.

Volvió a mirarlo don Quijote, y vio que así era la verdad; y, alegrándose sobremanera, pensó, sin duda alguna, que eran dos ejércitos que venían a embestirse y a encontrarse en mitad de aquella espaciosa llanura. Porque tenía a todas horas y momentos llena la fantasía de aquellas batallas, encantamientos, sucesos, desatinos, amores, desafíos, que en los libros de caballerías se cuentan, y todo cuanto hablaba, pensaba o hacía era encaminado a cosas

semejantes; y la polvareda que había visto la levantaban dos grandes manadas de ovejas y carneros, que por aquel mismo camino de dos diferentes partes venían, las cuales, con el polvo, no se echaron de ver hasta que llegaron cerca. Y con tanto ahínco³¹ afirmaba don Quijote que eran ejércitos, que Sancho lo vino a creer, y a decirle:

–Señor, pues ¿qué hemos de hacer nosotros?

–¿Qué? –dijo don Quijote–. Favorecer y ayudar a los menesterosos³² y desvalidos. Y has de saber, Sancho, que éste que viene por nuestra frente le conduce y guía el grande emperador Alifanfarón, señor de la grande isla Trapobana; este otro que a mis espaldas marcha es el de su enemigo el rey de los garamantas, Pentapolín del Arremangado Brazo, porque siempre entra en las batallas con el brazo derecho desnudo.

–Pues, ¿por qué se quieren tan mal estos dos señores? –preguntó Sancho.

–Quiérense mal –respondió don Quijote– porque este Alifanfarón es un furibundo pagano, y está enamorado de la hija de Pentapolín, que es una muy hermosa y, además, agraciada señora, y es cristiana, y su padre no

31. Empeño.

32. Necesitados.

se la quiere entregar al rey pagano si no deja primero la ley de su falso profeta Mahoma, y se vuelve a la suya.

–¡Para mis barbas! –dijo Sancho–, ¡si no hace muy bien Pentapolín, y que le tengo de ayudar en cuanto pudiere!

–En eso harás lo que debes, Sancho –dijo don Quijote–, porque para entrar en batallas semejantes no se requiere ser armado caballero.

–Bien se me alcanza eso –respondió Sancho–; pero ¿dónde pondremos a este asno, que estemos ciertos de hallarle después de pasada la refriega? Porque el entrar en ella en semejante caballería no creo que está en uso hasta agora.

–Así es verdad –dijo don Quijote–. Lo que puedes hacer dél es dejarle a sus aventuras, ora se pierda o no; porque serán tantos los caballos que tendremos después que salgamos vencedores, que aun corre peligro Rocinante no le trueque por otro. Pero estáme atento y mira; que te quiero dar cuenta de los caballeros más principales que en estos dos ejércitos vienen. Y para que mejor los veas y notes, retirémonos a aquel altillo que allí se hace, de donde se deben de descubrir los dos ejércitos.

Hiciéronlo así, y pusiéronse sobre una loma, desde la cual se vieran bien las dos manadas que a don

Quijote se le hicieron ejércitos, si las nubes del polvo que levantaban no les turbara y cegara la vista; pero, con todo esto, viendo en su imaginación lo que no veía ni había, con voz levantada comenzó a decir:

—Aquel caballero que allí ves de las armas jaldes³³, que trae en el escudo un león coronado, rendido a los pies de una doncella, es el valeroso Laurcalco, señor de la Puente de Plata; el otro de las armas de las flores de oro, que trae en el escudo tres coronas de plata en campo azul, es el temido Micocolembó, gran duque de Quirocia; el otro de los miembros gigantes, que está a su derecha mano, es el nunca medroso Brandabarbarán de Boliche, señor de las tres Arabias, que viene armado de aquel cuero de serpiente, y tiene por escudo una puerta, que, según es fama, es una de las del templo que derribó Sansón, cuando con su muerte se vengó de sus enemigos. Pero vuelve los ojos a estotra parte, y verás delante y en la frente destotro ejército al siempre vencedor y jamás vencido Timonel de Carajona, príncipe de la Nueva Vizcaya, que viene armado con las armas partidas a cuarteles, azules, verdes, blancas y amarillas, y trae en el escudo un gato de oro en campo leonado, con

33. Amarillas.

una letra que dice: *Miau*, que es el principio del nombre de su dama, que, según se dice, es la sin par Miulina, hija del duque Alfeñiquén del Algarbe; el otro, que carga y oprime los lomos de aquella poderosa alfana, que trae las armas como nieve blancas y el escudo blanco y sin empresa alguna, es un caballero novel, de nación francés, llamado Pierres Papín, señor de las baronías de Utrique; el otro, que bate las ijadas con los herrados carcaños a aquella pintada y ligera cebrá y trae las armas de los veros azules, es el poderoso duque de Nerbia, Espartafileardo del Bosque, que trae por empresa en el escudo una esparraguera, con una letra en castellano que dice así: *Rastrea mi suerte*.

Y desta manera fue nombrando muchos caballeros del uno y del otro escuadrón, que él se imaginaba, y a todos les dio sus armas, colores, empresas y motes de improviso, llevado de la imaginación de su nunca vista locura, y, sin parar, prosiguió diciendo:

—A este escuadrón frontero forman y hacen gentes de diversas naciones: aquí están los que beben las dulces aguas del famoso Xanto³⁴; los montuosos que pisan los

34. Río de Troya.

masílicos³⁵ campos; los que criban³⁶ el finísimo y menudo oro en la felice Arabia; los que gozan las famosas y frescas riberas del claro Termodonte³⁷; los que sangran por muchas y diversas vías al dorado Pactolo³⁸; y los númeridas³⁹, dudosos en sus promesas; los persas, en arcos y flechas famosos; los partos, los medos⁴⁰, que pelean huyendo; los árabes, de mudables casas; los citas⁴¹, tan crueles como blancos; los etiopes, de horadados labios, y otras infinitas naciones, cuyos rostros conozco y veo, aunque de los nombres no me acuerdo. En estotro escuadrón vienen los que beben las corrientes cristalinas del olivífero Betis⁴²; los que tersan y pulen sus rostros con el licor del siempre rico y dorado Tajo⁴³; los que gozan las provechosas aguas del divino Genil⁴⁴; los que pisan los tartesios campos, de pastos abundantes; los que se alegran en los elíseos jerezanos prados; los manchegos, ricos y corona-

35. De Masilia, en África.

36. Seleccionar o eliminar las impurezas de un mineral.

37. Río de Capadocia, en la actual Turquía.

38. Río de Lidia, en Asia menor.

39. Gentilicio de Numidia, en Argelia.

40. Pueblos persas.

41. Los tártaros.

42. Región de Andalucía, sur de España.

43. Río que atraviesa Toledo.

44. Río que atraviesa Granada, sur de España.

dos de rubias espigas; los de hierro vestidos, reliquias antiguas de la sangre goda; los que en Pisuerga⁴⁵ se bañan, famoso por la mansedumbre de su corriente; los que su ganado apacientan en las extendidas dehesas del tortuoso Guadiana⁴⁶, celebrado por su escondido curso; los que tiemblan con el frío del silvoso Pirineo⁴⁷ y con los blancos copos del levantado Apenino⁴⁸; finalmente, cuantos toda la Europa en sí contiene y encierra.

¡Válame Dios, y cuántas provincias dijo, cuantas naciones nombró, dándole a cada una, con maravillosa presteza, los atributos que le pertenecían, todo absorto y empapado en lo que había leído en sus libros mentirosos! Estaba Sancho Panza colgado de sus palabras, sin hablar ninguna, y de cuando en cuando volvía la cabeza a ver si veía los caballeros y gigantes que su amo nombraba; y como no descubría a ninguno, le dijo:

–Señor, encomiendo al diablo hombre, ni gigante, ni caballero de cuantos vuestra merced dice, que parece por todo esto; a lo menos, yo no los veo: quizá todo debe ser encantamento, como las fantasmas de anoche.

45. Río al norte de España.

46. Río al sureste de España.

47. Cadena montañosa que separa a España de Francia.

48. Cordillera montañosa de Italia.

–¿Cómo dices eso? –respondió don Quijote–. ¿No oyes el relinchar de los caballos, el tocar de los clarines, el ruido de los tambores?

–No oigo otra cosa –respondió Sancho– sino muchos balidos de ovejas y carneros.

Y así era la verdad, porque ya llegaban cerca los dos rebaños.

–El miedo que tienes –dijo don Quijote– te hace, Sancho, que ni veas ni oyas a derechas; porque uno de los efectos del miedo es turbar los sentidos y hacer que las cosas no parezcan lo que son; y si es que tanto temes, retírate a una parte y déjame solo; que solo basto a dar la victoria a la parte a quien yo diere mi ayuda.

Y diciendo esto, puso las espuelas a Rocinante y, puesta la lanza en el ristre, bajó de la costezuela como un rayo.

Diole voces Sancho, diciéndole:

–Vuélvase vuestra merced, señor don Quijote; que voto a Dios que son carneros y ovejas las que va a embestir!. Vuélvase, ¡desdichado del padre que me engendró! ¿Qué locura es ésta? Mire que no hay gigante ni caballero alguno, ni gatos, ni armas, ni escudos partidos ni enteros, ni veros azules ni endiablados. ¿Qué es lo que hace, pecador soy yo a Dios ?

Ni por ésas volvió don Quijote; antes en altas voces iba diciendo:

–Ea, caballeros, los que seguís y militáis debajo de las banderas del valeroso emperador Pentapolín del Arremangado Brazo, seguidme todos: veréis cuán fácilmente le doy venganza de su enemigo Alifanfarón de la Trapobana.

Esto diciendo, se entró por medio del escuadrón de las ovejas, y comenzó de alanceallas, con tanto coraje y denuedo como si de veras alanceara a sus mortales enemigos. Los pastores y ganaderos que con la mandada venían dábanle voces que no hiciese aquello; pero viendo que no aprovechaban, descñéronse las hondas y comenzaron a saludalle los oídos con piedras como el puño. Don Quijote no se curaba de las piedras; antes, discurriendo a todas partes, decía:

–¿Adónde estás, soberbio Alifanfarón? Vente a mí; que un caballero solo soy, que desea, de solo a solo, probar tus fuerzas y quitarte la vida, en pena de la que das al valeroso Pentapolín Garamanta.

Llegó en esto una peladilla⁴⁹ de arroyo y, dándole en un lado, le sepultó dos costillas en el cuerpo. Vién-

49. Piedra.

dose tan maltrecho, creyó, sin duda, que estaba muerto o malferido y, acordándose de su licor, sacó su alcuza, y púosela a la boca, y comenzó a echar licor en el estómago; mas antes que acabase de envasar lo que a él le parecía que era bastante, llegó otra almendra y dióle en la mano y en el alcuza, tan de lleno, que se la hizo pedazos, llevándole, de camino, tres o cuatro dientes y muelas de la boca, y machucándole malamente dos dedos de la mano. Tal fue el golpe primero; y tal el segundo, que le fue forzoso al pobre caballero dar consigo del caballo abajo. Llegáronse a él los pastores y creyeron que le habían muerto; y así, con mucha priesa recogieron su ganado, y cargaron de las reses muertas, que pasaban de siete, y sin averiguar otra cosa, se fueron.

Estábase todo este tiempo Sancho sobre la cuesta, mirando las locuras que su amo hacía, y arrancábase las barbas, maldiciendo la hora y el punto en que la fortuna se le había dado a conocer. Viéndole, pues, caído en el suelo, y que ya los pastores se habían ido, bajó de la cuesta y llegóse a él, y hallóle de muy mal arte, aunque no había perdido el sentido, y díjole:

—¿No le decía yo, señor don Quijote, que se volviese, que los que iba a acometer no eran ejércitos, sino manadas de carneros?

–Como eso puede desaparecer y contrahacer aquel ladrón del sabio mi enemigo. Sábetelo, Sancho, que es muy fácil cosa a los tales hacernos parecer lo que quieren, y este maligno que me persigue, envidioso de la gloria que vio que yo había de alcanzar desta batalla, ha vuelto los escuadrones de enemigos en manadas de ovejas. Si no, haz una cosa, Sancho, por mi vida, porque te desengañes y veas ser verdad lo que te digo: sube en tu asno y síguelos bonitamente, y verás como, en alejándose de aquí algún poco, se vuelven en su ser primero, y, dejando de ser carneros, son hombres hechos y derechos, como yo te los pinté primero. Pero no vayas ahora, que he menester tu favor y ayuda; llégate a mí y mira cuantas muelas y dientes me faltan; que me parece que no me ha quedado ninguno en la boca.

Llegóse Sancho tan cerca, que casi le metía los ojos en la boca; y fue a tiempo que ya había obrado el bálsamo en el estómago de don Quijote; y, al tiempo que Sancho llegó a mirarle la boca, arrojó de sí, más recio que una escopeta, cuanto dentro tenía, y dio con todo ello en las barbas del compasivo escudero.

–¡Santa María! –dijo Sancho– ¿y qué es esto que me ha sucedido? Sin duda este pecador está herido de muerte, pues vomita sangre por la boca.

Pero reparando un poco más en ello, echó de ver en la color, sabor y olor, que no era sangre, sino el bálsamo de la alcuza, que él le había visto beber; y fue tanto el asco que tomó, que, revolviéndosele el estómago, vomitó las tripas sobre su mismo señor, y quedaron entrambos como de perlas. Acudió Sancho a su asno para sacar de las alforjas con qué limpiarse y con qué curar a su amo, y, como no las halló estuvo a punto de perder el juicio: maldíjose de nuevo y propuso en su corazón de dejar a su amo y volverse a su tierra, aunque perdiese el salario de lo servido y las esperanzas del gobierno de la prometida ínsula.

Levantóse, en esto, don Quijote y, puesta la mano izquierda en la boca, porque no se le acabasen de salir los dientes, asió con la otra las riendas de Rocinante, que nunca se había movido de junto a su amo (tal era de leal y bien acondicionado), y fuese adonde su escudero estaba, de pechos sobre su asno, con la mano en la mejilla, en guisa de hombre pensativo además. Y viéndole don Quijote de aquella manera, con muestras de tanta tristeza, le dijo:

—Sábetete, Sancho, que no es un hombre más que otro si no hace más que otro. Todas estas borrascas que nos suceden son señales de que presto ha de serenar el

tiempo y han de sucedernos bien las cosas; porque no es posible que el mal ni el bien sean durables, y de aquí se sigue que, habiendo durado mucho el mal, el bien está ya cerca. Así, que no debes congojarte por las desgracias que a mí me suceden, pues a ti no te cabe parte dellas.

–¿Cómo no? –respondió Sancho–. Por ventura, el que ayer mantearon, ¿era otro que el hijo de mi padre? Y las alforjas que hoy me faltan, con todas mis alhajas, ¿son de otro que del mismo?

–¿Que te faltan las alforjas, Sancho? –dijo don Quijote.

–Sí que me faltan –respondió Sancho.

–Dese modo, no tenemos que comer hoy –replicó don Quijote.

–Eso fuera –respondió Sancho– cuando faltaran por estos prados las yerbas que vuestra merced dice que conoce, con que suelen suplir semejantes faltas los tan malaventurados andantes caballeros como vuestra merced es.

–Con todo eso –respondió don Quijote–, tomara yo ahora más aína⁵⁰ un cuartal de pan, o una hogaza y dos cabezas de sardinas arenques, que cuantas yerbas

50. Fácilmente.

describe Dioscórides⁵¹, aunque fuera el ilustrado por el doctor Laguna. Mas, con todo esto, sube en tu jumento, Sancho el bueno, y vente tras mí; que Dios, que es proveedor de todas las cosas, no nos ha de faltar, y más andando tan en su servicio como andamos, pues no falta a los mosquitos del aire, ni a los gusanillos de la tierra, ni a los renacuajos del agua, y es tan piadoso, que hace salir su sol sobre los buenos y los malos, y llueve sobre los injustos y justos.

–Más bueno era vuestra merced –dijo Sancho– para predicador que para caballero andante.

–De todo sabían, y han de saber, los caballeros andantes, Sancho –dijo don Quijote–; porque caballero andante hubo en los pasados siglos que así se paraba a hacer un sermón o plática, en mitad de un campo real como si fuera graduado por la Universidad de París; de donde se infiere que nunca la lanza embotó la pluma, ni la pluma la lanza.

–Ahora bien, sea así como vuestra merced dice –respondió Sancho–; vamos ahora de aquí, y procuremos donde alojar esta noche, y quiera Dios que sea en parte donde no haya mantas, ni manteadores, ni fantas-

51. Médico y botánico romano.

mas, ni moros encantados; que si los hay, daré al diablo el hato y el garabato.

–Pídeselo tú a Dios, hijo –dijo don Quijote–, y guía tú por donde quisieres; que esta vez quiero dejar a tu elección el alojarnos. Pero dame acá la mano y atíentame con el dedo, y mira bien cuantos dientes y muelas me faltan deste lado derecho de la quijada alta; que allí siento el dolor.

Metió Sancho los dedos, y estándole tentando, le dijo:

–¿Cuantas muelas solía vuestra merced tener en esta parte?

–Cuatro –respondió don Quijote–, fuera de la cordal, todas enteras y muy sanas.

–Mire vuestra merced bien lo que dice, señor –respondió Sancho.

–Digo cuatro, si no eran cinco –respondió don Quijote–; porque en toda mi vida me han sacado diente ni muela de la boca, ni se me ha caído ni comido de neguijón ni de reuma alguna.

–Pues en esta parte de abajo –dijo Sancho– no tiene vuestra merced más de dos muelas y media; y en la de arriba, ni media, ni ninguna, que toda está rasa como la palma de la mano.

–¡Sin ventura yo! –dijo don Quijote, oyendo las tristes nuevas que su escudero le daba–; que más quisiera que me hubieran derribado un brazo, como no fuera el de la espada. Porque te hago saber, Sancho, que la boca sin muelas es como molino sin piedra, y en mucho más se ha de estimar un diente que un diamante. Mas a todo esto estamos sujetos los que profesamos la estrecha orden de la caballería: sube, amigo, y guía; que yo te seguiré al paso que quisieres.

Hízolo así Sancho y encaminóse hacia donde le pareció que podía hallar acogimiento, sin salir del camino real, que por allí iba muy seguido.

Yéndose, pues, poco a poco, porque el dolor de las quijadas de don Quijote no le dejaba sosegar ni atender a darse prisa, quiso Sancho entretenerle y divertirle diciéndole alguna cosa, y entre otras que le dijo, fue lo que se dirá en el siguiente capítulo.

NOTA SOBRE ESTA EDICIÓN

Esta es una selección de aventuras de la primera parte de *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, hecha a partir de la edición realizada por Francisco Rico, publicada por punto de lectura en el año 2008 de la edición digital de la biblioteca virtual Miguel de Cervantes. Las notas y el comentario introductorio han sido redactados con el objetivo de acercar al público que apenas se inicia en la lectura de esta maravillosa obra.

N O R M A D O N A T O

Profesora e investigadora de la carrera en Estudios literarios y Edición de la Universidad Jorge Tadeo Lozano. Investigadora de *L'Institut des textes et manuscrits modernes* y candidata a doctora por L'école Normale Supérieure de París y la Universidad Complutense de Madrid. Magíster en Estudios literarios de la Universidad de Buenos Aires. Profesional en Estudios literarios de la Universidad Nacional de Colombia y Licenciada en filosofía de la Universidad Santo Tomás.



Para la composición de este libro se utilizaron fuentes de uso libre de la familia Literata diseñada por TypeTogether en 2020.

En el mes de agosto de 2022 la Editorial Utadeo terminó de editar este libro, 417 años después de la primera aparición de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*.

OTROS TÍTULOS DE LA COLECCIÓN

1. Hamlet, príncipe de Dinamarca. Monólogos y fragmentos.

WILLIAM SHAKESPEARE

Animal de letras es
una colección que surge del
deseo profundo de leer como un acto
de afirmación vital y de rebeldía contra
la ignorancia, la falta de imaginación y la
mediocridad que el mundo actual nos impone.
La iniciativa surge de un grupo de profesoras y
profesores del programa de Estudios Literarios
y Edición de la Universidad Jorge Tadeo
Lozano, y su objetivo es difundir la lectura
entre la comunidad universitaria
y el público general.

